

cual fantasmas convidadas erraban por la pared.

«¡A ellos!», gritaron voces, y entraron el aposento diez á diez y ciento á ciento los moros del rey Hazem, y apenas á las espadas acudieron los cristianos, les cercenaron las manos y las cabezas también.

Lidieron acaso algunos, pero tantos les entraron, que al fin les acuchillaron con las hembras á la par. A los gritos de los moros, los cristianos despertaban; pero ¡los tristes se hallaban cautivos al despertar!

La soñolienta pupila prestaba crédito apenas á las cuerdas y cadenas con que atados dos á dos por los árabes se vieron, á quienes con lengua y ojos pedían piedad de hinojos en el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres, de los niños los sollozos, los esfuerzos de los mozos, el dolor de la vejez, son inútil resistencia, porque á todos los infieles, atados como lebreles los arrastran á la vez.

En vano lucha la virgen desesperada con ellos, que con sus propios cabellos mordaza ó cordel la dan; en vano niños y enfermos yacen sin fuerzas postrados; en tropel, como ganados, todos á los hierros van.

Fueron ¡por Dios! tristes horas las de noche tan sangrienta: ¡á quien de allá pidan cuenta, malas cuentas ha de haber! que si hay justicia en los cielos, de tanta vida inocente, una vida solamente ha muy mal de responder.

## III

Medrosa de tanto duelo subió al Oriente la aurora entre cortinas de nubes que la apagan ó la embozan. Lloraba el cielo por ellas hilo á hilo y gota á gota, sin que el sol tornasolara las lágrimas con que lloran. Andaba el aire aturrido sin hallar sitio en la atmósfera, que asaltada por la lluvia, entre la lluvia se ahoga; y tanta gala los cielos ostentan cuando la acosan, que con mundos de cristal la bloquean y la toman. Lloraba el cielo por Zahara, que acaso por pecadora la castiga, y ver no quiere los males con que la azota. Cerróse en agua, y con ella cerró su misericordia; vendó con nieblas sus ojos, y su clemencia hizo sorda, por no ver al rey Hazem, que en medio la gente mora amarra dos mil cristianos al carro de su victoria. Cabalgaba el agareno sobre una yegua de Córdoba con la crin hasta el estribo, y hasta la tierra la cola; y como el cielo la empapa en las aguas que la mojan, la cola y la crin parecen de espumas, algas y esponjas. La plaza cercan los moros, donde dos á dos arrojan los cristianos que cautivan, los cautivos que sollozan. Allí mujeres y ancianos, allí vírgenes y esposas, juntan á golpes y á gritos entre algazara y chacota. Casi desnudos los llevan á todos por más deshonra

hasta el centro de la plaza, donde á la intemperie opongan la desnudez de las carnes, su temblor y sus congojas; y á los ojos de los moros los defectos de las formas ó las castas perfecciones, que con torpes ojos hozan. El noble rostro hacia el suelo los tristes vencidos tornan, por ocultar en los ojos las lágrimas con que lloran; que la libertad perdida sin infamia nos agobia, pero mata y avergüenza perder libertad y honra. Caíales por los hombros el agua, porque furiosas en su cabeza las nubes reventadas se desploman; que cuando al fin Dios castiga, muestra su justicia toda, pues la maldad de los hombres toda su clemencia agota.

Mandó Hazem que los cristianos, guardados por buena escolta, vayan delante á Granada por la vereda más corta; mas viendo que los ancianos y los enfermos le estorban, á su guardia de gomeles dijo impaciente en voz ronca: «Llegarán los que llegaren; los mozos á las mazmorras, las muchachas al serrallo, y los viejos á la horca.»

Preparan los granadinos bohordos en Bibarrambra, torneos para los nobles, para el pueblo luminarias. Cuelgan de púrpura y blanco miradores y ventanas, y el populacho á las puertas, al Rey impaciente aguarda. En la vega están los ojos y en la vía de Zahara,

que el Rey envió corredores á decir que está ganada. Añafles y atabales por honra y por fiesta sacan, y en corros moros y moras gritando y riendo saltan. «¡Viva el Rey!» dicen algunos, y otros gritan: «¡Muera Zahara!», y todos á los vencidos insultan, mofan é infaman; que siempre quien venee grita porque los vencidos callan, porque las lenguas se sueltan donde las manos se atan; porque la risa provoca tal vez la ajena desgracia, y al que nace desdichado, hasta compasión le falta; que quien cae pone á los otros, para que pasen, la espalda, y maldición es que lloren algunos lo que otros cantan. Así ondean los pendones en las torres de la Alhambra; así Granada la bella se viste imbécil de gala, cantando hoy loca las glorias que ha de maldecir mañana.

Venir se ven los cautivos entre la neblina parda á pasos descompasados, como los cautivos andan; que como el alma les pesa, así les tiembla la planta. Delante y detrás los moros, y por los lados, los guardan, los alfanjes en la diestra, los broqueles á la espalda. Siguen después los jinetes y nobles con el Monarca, los lanzones en la cuja, en el arzón las adargas; mostrando bien los caballos en su perezosa marcha la fatiga del camino, lo largo de la jornada; que traen el arnés mohoso, deslucidas las gualdrapas, hasta las crines el lodo, desde las crines el agua.

Cuando á la puerta de Elvira los zahareños llegaban, cantaba el pueblo su triunfo con vítores y algazara. Aplaudían con las manos, con panderos y sonajas, al son de los duros hierros que los otros arrastraban. Cesó de pronto el aplauso, susurraron en voz baja palabras que nadie oía, pero todos murmuraban. Ojos había en la turba oscurecidos con lágrimas, y ojos que con luz sombría para maldecir miraban. Desnudos y á la intemperie los prisioneros entraban, ancianos, madres y niños, entre broqueles y lanzas, sin respeto á su inocencia, á su sexo y á sus canas. Las madres, sus muertos hijos traían desesperadas en los maternales brazos y en los brazos de su alma. Movidos á compasión los moros de pena tanta, sus ojos de los cautivos, indignados, apartaban. Las madres libres, llorando, atropellando los guardias, á las cristianas cautivas sus propias telas regalan, y parten los alimentos que á los moros preparaban, entre los tristes esclavos, que los devoran con ansia. Algunos, más altaneros, acaso los rehusaban, que el pan de la esclavitud entre los labios amarga.

Alzóse Muley Hazem en los estribos de plata, viendo la piedad del pueblo y la miseria cristiana. Rabioso de que la plebe le eche su crueldad en cara, atropelló con su yegua por la turba aglomerada,

dividiendo así los moros y los esclavos de Zahara. «¡Adelante! gritó airado, con la voz ronca de rabia. Todos son esclavos míos: al serrallo las muchachas, los mozos á las mazmorras, donde más á luz no salgan, y los viejos, que los maten, pues no me sirven de nada.»

Calló el pueblo amedrentado, obedecieron los guardias, y el Rey subió con los nobles á toda rienda á la Alhambra.

## IV

Sentado está el rey Hazem en un morisco almohadón, y muchos moros se ven cruzar el ancho salón para darle el parabién.

A las puertas, reverentes, delante su Rey se paran, doblando humildes las frentes; que al Rey miran tales gantes como al mismo Dios miraran.

Mirra y esencias de flores arden en pebetes de oro, y el sol de los miradores anubla el humo de olores que avaro respira el moro.

El aire colman de ruido dos fuentes azafranadas; y en su murmullo perdido, se oye el trinar dolorido de las aves enjauladas.

Porque en nichos de cristal cerradas, las hay tan bellas en la bóveda oriental, que el aire parece mal sólo porque está sin ellas.

Las miró el viejo Muley, Y, viéndolas, suspiró: «En vano me llaman rey, dijo, si como ellas yo esclavo soy de mi ley.

»Que penan ellas así en ese encierro, imagino; mas ellas placen ahí, y en eso quiso el destino diferenciarlas de mí.»

Volvió, con tal pensamiento, á suspirar otra vez; bajó el rostro macilento, pero repuesto al momento, demandó con altivez:

«Los cristianos, ¿qué se hicieron?» «En las mazmorras están en cadenas», respondieron. «Los condenados, ¿murieron?» «Si no han muerto, morirán.»

Volvió el Rey á meditar, de los suyos recelando, y siguieron á la par, las fuentes su susurrar y los pájaros cantando.

«Alá nos dió la victoria, siguió el Rey; ¿qué dicen de ella?» Todos callaron. «Fué gloria ganarles villa tan bella.» Tendránlo, á fe, en la memoria.

Harto el rey Hazem habló; los cortesanos callaron, que el pueblo indignado vió que los cautivos entraron como perros que él ató.

Y los moros presentían que, la tregua quebrantada, los cristianos entrarían por las vegas de Granada y á Zahara no olvidarían.

Por eso, ante el Rey estaba la turba sin contestar, que mal con su Rey andaba desde que vido que mandaba á los viejos degollar.

Callaba Muley Hazem, sin hallar paso mejor; que sabe el Príncipe bien que sangre mancha también el laurel del vencedor.

Corrían entrambas fuentes, trinaban los ruiseñores, y el sol, en ambas corrientes, sus rayos más transparentes deshacía en mil colores.

Los vidrios de las ventanas, contornos dando á sus sombras, estampan las formas vanas de sus historias livianas en las moriscas alfombras.

El silencio á interrumpir vino una voz de dolor: «Preparaos á morir», se oía á gritos decir á un hombre en un corredor.

Todos el rostro tornaron impacientes á la entrada, y repetir escucharon: «Tus glorias se marchitaron. ¡Ay de ti, bella Granada!» Entró el hombre en el salón, de musulmanes cercado; érase el tal un santón que vivía en la oración, del tumulto retirado.

Pasó la noche corriendo, gritando en la obscuridad: «Granada, los estoy viendo. ¡Ay de la hermosa ciudad! ¡Tus muros están cayendo!»

Los moros, viéndole entrar, delante se le inclinaron, y él siguió en su predicar: «¡Los estoy viendo llegar, y vuestros días contaron!

»¡Ay de ti, la desdichada ciudad reina de ciudades! Por el cimientto horadada, los cielos en ti, Granada, lloverán calamidades.

»Es en vano resistir. ¡Ay de ti, reina de Oriente! ¡Alá te manda morir! Los estoy viendo venir. ¡Ay ciudad! ¡Ay de tu gente!»

Harto ya Hazem de escucharle, furioso le preguntó: «¿Quién eres?» Sin contestarle, gritando el santón siguió; y el Rey volvió á preguntarle.

«Enviado soy de mi Dios, dijo el moro, y dióme el cielo un mensaje para vos.» Y el Rey: «Pues ve que en el suelo no hay más oídos que dos.»

Signió entonces el santón,  
muy loco ó muy confiado,  
su doliente relación,  
con el Monarca encarado  
y á guisa de inspiración:

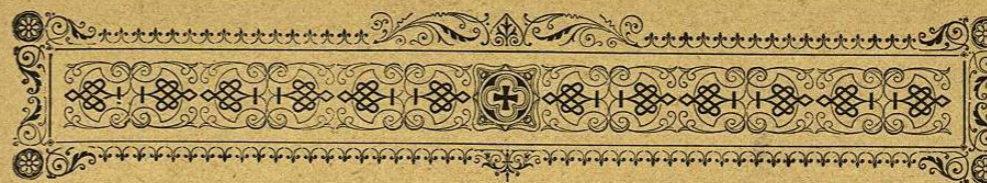
«La tregua está quebrantada,  
y á muerte al traidor sujeta.  
¡Ay de ti, bella Granada!  
¡Cayó en ti, desventurada,  
La maldición del Profeta!

»Borrada su suerte hallé  
del pensamiento divino:  
por ti, ciudad mucho oré;  
y para leer tu destino,  
hasta el cielo penetré.»

Oyóle Hazem un momento,  
y enfurecido además,  
dijo, dejando su asiento:  
«¡Quien leyó en el firmamento,  
no puede llegar á más!»

La turba ve estremecida  
la rabia del Rey, y calla,  
y el Rey dijo á su salida:  
«Quitad á ese hombre la vida  
en lo alto de la muralla.

»Cuando vengan los cristianos,  
siguió volviendo á los moros,  
lanzas tenéis en las manos:  
¡cerrad con ellos, villanos,  
como cerráis con los toros!



## Príncipe y Rey.

### ROMANCE HISTÓRICO

Está la noche serena;  
la luna, sin pardas nubes  
que la empañen, limpia y clara  
en el firmamento luce.  
En derredor las estrellas,  
con multiplicadas lumbres  
tachonan del aire vano  
los pabellones azules.  
Eresma por entre peñas  
su escaso raudal conduce  
á las plantas de un alcázar  
que en sus arenas las hunde;  
y ya en montones de espuma  
revoltoso se derrumbe,  
ya con transparentes ondas  
manso y humilde murmure,  
nunca es más que un corto espejo  
que adula la excelsa cumbre,  
porque permita al palacio  
que en su cristal se dibuje.  
Está la noche serena,  
y á pasos rápidos huye  
sobre la choza pajiza  
y la espléndida techumbre.  
Calla el viento; el aura apenas  
suelta ráfaga que ondula;  
Eresma hace que sus ondas  
no desvelen, sino arrullen,  
y si algún pájaro errante  
hay que el silencio interrumpe,

avergonzado se duerme  
por no tener quien le escuche.  
Mas no es tan hondo el silencio  
que el aura á veces no crucen  
los incompletos compases  
que danza vecina arguyen.  
Oyese el rumor lejano  
de contenta muchedumbre  
que entre cánticos y brindis  
el sueño tenaz sacude.  
La danza es en el alcázar,  
que el príncipe Enrique cumple  
hoy años, y á malgastarlos,  
junta los más que le ayuden.  
La copa de los placeres,  
para que ansiosos apuren  
cuantas damas y galanes  
hay en Castilla, reune.  
La vida es corta; los días  
se menguan y disminuyen;  
la molicie es cortesana,  
y los placeres son dulces.  
¿Qué importa que el rey don Juan  
contra los rebeldes luche?  
El Príncipe vive y goza,  
que como á quien es le cumple.  
¡Fiestas y danzas! Los reyes  
no son hidalgos comunes  
en cuya frente se ostentan  
el valor y las virtudes.